
EL CAZADOR DE LIEBRES

NARRADOR: Habías una vez un cazador que un buen día, al salir el sol, se levantó, cogió la escopeta, y tris-tras, se encaminó hacia el bosque. Anda que te andarás, vio una liebre detrás de unas matas, apunta, dispara y ipum!, la mata. Era tan grande que pensó que ya le bastaba por hoy. Se la cargó a la espalda y tris-tras se volvió al pueblo. Anda que te andarás y izas!, tropezó con el señor cura.

CURA: ¡Caramba, Pepillo, qué liebre más hermosa traes!, ¿por qué no me la vendes? Mañana viene el señor cura de Mataguindilla y haríamos una comilona.

CAZADOR: De buena gana os la venderé. Dadme tres pesetas y no se hable más.

CURA: Muy bien, Pepillo, cuatro te doy para que me la lleves a mi casa. Quedamos en ésas, ¿verdad?

CAZADOR: ¡Vaya con Dios, señor cura, que así se hará.

ALCALDE: ¡Caramba, Pepillo, y qué liebre tan gordota que traes! ¿Por qué no me la vendes? Mañana vienen mis suegros y haríamos una comilona.

CAZADOR: De buena gana os la vendería, dadme tres pesetas y no se hable más.

ALCALDE: De acuerdo, Pepillo, cuatro te doy para que me la lleves a casa. Quedamos en eso, ¿verdad?

CAZADOR: En ésas quedamos, señor alcalde, vaya usted tranquilo.

CABO: ¡Rediez! ¡Pepillo y qué liebre tan gordota traes! ¿Por qué no me la vendes? Mañana viene el capitán y en el cuartel nos pegaríamos una comilona...

CAZADOR: De buena gana os la venderé. Dadme tres pesetas y no se hable más

CABO: ¡Huy! ¡Tres pesetas! ¿Es que tú te crees que somos ricos? Pero, vaya, aquí tienes cuatro y tú me la llevas al cuartel, ¿eh?

CAZADOR: Sí, señor cabo. Quede usted tranquilo que así se hará. ¡Hala! ¡Adiós!

NARRADOR: Y así es como aquel redomado pillo vendió tres veces la misma liebre y cobró doce pesetas. Anda que te andarás,

se metió en una fonda, llamó a la dueña y le dio la liebre para que se la guisara con cebollas y patatitas. Así lo hizo ella y el cazador Pepillo, encontró el guiso tan de su gusto que se comió la liebre entera, con huesos y todo. Y después se volvió para su casa y no pensó más en la fechoría de aquel día... ¡Pobre Pepillo, cuando se enteró que lo habían llevado a juicio, le temblaban las piernas y la cabeza le daba vueltas!

CAZADOR: ¡Qué puedo hacer...! ¡Estoy perdido!

ABOGADO: Lo veo todo muy negro, amigo mío, pero por si acaso sirve, te daré un consejo: pregunten lo que te pregunten, digan lo que digan, tú responde sólo "Titeñó". ¿Lo has entendido?

CAZADOR: Titeñó.

CURA: ¿Tú eres Pepillo, hijo de Pepón y de Pepilla, que vives en la calle del Pez, nº 13?

CAZADOR: Titeñó.

CURA: ¿Y yo ayer no te compré una liebre muy hermosa, y te pagué cuatro pesetas para que me la trajeras a casa?

CAZADOR: Titeñó.

CURA: ¿Y me la trajiste?

CAZADOR: Titeñó.

CURA: ¡Cómo que titeñó, titeñó! ¡Eso es mentira!

CAZADOR: Titeñó.

CURA: ¡Ay, Virgen Santísima! ¡Y lo reconoce! ¿Ya sabes que los que dicen mentiras van al infierno?

CAZADOR: Titeñó.

CURA: ¿Y tú quieres ir al infierno?

CAZADOR: Titeñó.

CURA: Señor, Juez, este hombre no sabe lo que dice. Ya lo juzgará la justicia divina, que es infinitamente superior a la humana en las cuestiones de mentirosos.

NARRADOR: Y el señor cura se fue persignándose y su caso se dio por sobreseído.

ALCALDE: ¿Tú eres Pepillo, hijo de tal y tal, que vives en la calle tal, nº 13?

CAZADOR: Titeñó.

ALCALDE: ¿Y no es verdad que yo ayer te compré una liebre así de gordota y te di cuatro pesetas para que me la trajeras a casa?

CAZADOR: Titeñó.

ALCALDE: ¿Y me tomaste el pelo, eh?

CAZADOR: Titeñó.

ALCALDE: ¿Y tú crees que yo soy tan loco como para dejar que me tomen el pelo?

CAZADOR: Titeñó.

ALCALDE: ¡El loco lo serás tú!

CAZADOR: Titeñó.

ALCALDE: ¡Oh! ¡De veras se ha vuelto loco este hombre! Señor, juez, ya sabe que a los tontos y a los locos no se les puede juzgar, porque tienen que ir al manicomio. Y yo me voy, que los locos me dan miedo.

CABO: ¿Tú eres Pepillo, hijo de tal y tal, que vives en la calle tal, número tantos?

CAZADOR: Titeñó.

CABO: ¿Y tú ayer no me vendiste una liebre muy grandota, y yo te pagué mis buenas cuatro pesetas para que me la llevases al cuartel?

CAZADOR: Titeñó.

CABO: ¿Y me la llevaste al cuartel?

CAZADOR: Titeñó.

CABO: ¿Ya sabes dónde está el cuartel?

CAZADOR: Titeñó.

CABO: ¡Ay... ay... ay! Seguro que se la entregaste al soldado que estaba en la puerta!

CAZADOR: Titeñó.

CABO: Uno que lleva bigotes ¿verdad?

CAZADOR: Titeñó.

CABO: ¡Ay... ay... ay! ¡Qué disgusto! ¡Qué rabia! Es uno que me la tiene jurada. ¡Lo más seguro es que se la han comido él y los otros de su pandilla! ¡Ay... ay... ay! ¡Me marché corriendo, señor juez, a meter a esos pillastres en el calabozo. Este hombre debe ser inocente.

NARRADOR: De este modo, Pepillo se libró de las acusaciones que contra él había. Salió del juzgado bailando de puro contento, y en la puerta encontró a su amigo el abogado que le preguntó:

ABOGADO: ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido todo?

CAZADOR: ¡De primera! Estoy libre y he sido absuelto.

ABOGADO: Me alegro. Así podré pasarte mi factura. Por darte buenos consejos, me darás cincuenta mil duros.

CAZADOR: ¡Sopla! Titeñó.

NARRADOR: Y así estuvieron peleándose y discutiendo durante tres días y tres noches, pero al final el abogado no sacó de ello

sino una montaña de titeño que hasta las orejas le escocían.